

La disciplina del tiempo

Alan Lightman rastrea en *Los sueños de Einstein* modelos de mundos en treinta estampas

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

En un hipotético Museo Antológico del Tiempo, en la sección dedicada a las Letras y las Artes, tendría acomodo *Watchmen*, de Alan Moore y David Gibbons, en especial su prodigioso capítulo cuarto, «Relojero», donde se cuenta la historia del Doctor Manhattan. Junto a este himalaya del cómic habría sitio para *La jetée*, la obra maestra de Chris Marker, ejemplares de las novelas de David Mitchell y una instalación permanente de *24 Hour Psycho*, de Douglas Gordon. La colección incluiría poemas de Borges y películas de Greenaway, y aunque el elenco de obras se extendiera a lo largo de multitud de salas, en todas ellas se ocultaría, como una sombra tutelar, la huella de un texto seguramente incomprensible para la mayoría de artistas y escritores allí celebrados.

En 1905, mientras trabajaba en la Oficina de Patentes de Berna, un ignorado físico de 26 años redactó un artículo titulado Sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento. En dicho artículo, Einstein formuló la teoría de la relatividad especial, preparó el camino para la revolución definitiva que diez años más tarde completaría con la teoría de la relatividad general y procuró un sesgo novedoso a la percepción que la humanidad tendría desde entonces de los conceptos de espacio y tiempo. Einstein había abierto una sima en la autorrepresentación de nuestra especie y del cosmos. El camino de reescritura iniciado por Darwin y continuado por Marx, Nietzsche y Freud alcanzó un horizonte inesperado. Nada ha vuelto a ser igual después de 1905.

La imagen de ese joven físico que aprieta entre sus manos un texto llamado a cambiar la historia de la humanidad mientras, exhausto, se derrumba sobre la mesa de su despacho de la Oficina de Patentes de Berna, es el punto de partida que Alan Lightman emplea para introducirnos en *Los sueños de Einstein*, un libro que se lee como un compendio de las diversas posibilidades que las intuiciones del genio abrieron al



Alan Lightman.

imaginario no sólo de su disciplina y, por extensión de la comunidad científica, sino del trabajo poético, filosófico y artístico.

Lo que Lightman rastrea, en treinta breves estampas, son otros tantos modelos de mundos que Einstein podría haber soñado en función del tiempo que en ellos rigiera. Porque el tiempo, después de 1905, ya no será esa cuerda severa que arrastra un antes, un ahora y un después, sino que abrirá su paleta a la posibilidad de universos que discurren en paralelo, universos en los que el tiempo no es una magnitud sino una cualidad, universos en los que el futuro no existe y el pasado no está fijado, universos en los que el tiempo cambia en función del lugar que el observador ocupe en el espacio. A esta desbordante y fecunda progenie, aún hoy no agotada en sus representaciones, se abre el delicado juguete narrativo de Lightman. Pocas veces el lector habrá viajado a lugares tan insólitos sin necesidad de abandonar las paredes de su dormitorio ni de renunciar al exquisito trabajo de la razón científica.



Los sueños de Einstein

Alan Lightman

Libros del Asteroide, 2019
152 páginas, 17,95 euros

LA BRÚJULA

EUGENIO FUENTES

Medio centenar de alfilerazos de Topor a la pereza mental

Así, de entrada, puede que el nombre de Roland Topor se les presente asociado a los de Arrabal y Jodorowsky, y, por tanto, al movimiento Pánico y a sus intentos de abrir brechas en la docilidad montando a la inteligencia y el caos a lomos del humor y el terror. De todo ello hay en las 52 piezas que Topor (1938-1997) agrupó en el volumen *El par de senos más bello del mundo*, publicado cuando frisaba la cincuentena. Topor era incontentible pero también sagaz, por lo que procuraba afinar para no martirizar al lector con ocurrencias. Hay quien lo califica de surrealista, por su apego a los sueños, pero al ilustrador, cineasta, actor, poeta y tantas otras cosas la etiqueta le venía corta para horadar la posmodernidad. Sin duda preferiría que la quemaran y se zambullan sin más en estas historias donde anidan machos con tetas, el dentista de Drácula o el curioso consuelo que ofrece un cura a una monja enamorada del Papa.



El par de senos más bello del mundo
Roland Topor

Trad.: Diego L. Sanromán
Pepitas de Calabaza
236 pág. 19,50 euros



La declaración de Georges Silverman
Charles Dickens

Trad.: Elena García
Periférica
80 pág. 11,50 euros



El oasis
Mary McCarthy

Trad.: Raquel Vicedo
Impedimenta
192 páginas
18,95 euros



Muros
David Frye

Trad.: Eduardo Jordá
Turner
344 páginas
24,90 euros

La cárcel social en la pluma del último Dickens

Hambre, sed, frío y palizas son los cuatro puntos cardinales del universo del pequeño George Silverman cuando es liberado del sótano en el que sus padres, recién fallecidos, lo tenían encerrado. A la altura de 1868, dos años antes de morir, Dickens añade a su habitual estado de gracia esa rara lucidez inducida por la inminencia de la muerte. De modo que Silverman, protagonista de una novela corta que condensa una vida, no resulta uno más de los niños esclavos que agitan sus narraciones. En manos de un Dickens sin cadenas, que no duda en arrancar dos veces en falso el relato, Silverman se convierte en acabado ejemplo de niño salvaje redimido de la orfandad para ser condenado a la pena perpetua de una civilización que reprime todos sus deseos por la culpa. Siglo y medio después de ser escrita, *La declaración de George Silverman* sigue hiriendo la pupila con la fiereza de la luz concentrada por la mejor lupa.

Intelectuales encerrados en una comuna por Mary McCarthy

Polémica hasta sus últimas horas y satírica hasta sus últimas líneas. Esos son los contornos vitales de la estadounidense Mary McCarthy (1912-1989), una "nueva mujer" que en 1942 hizo una estruendosa entrada en el mundo literario neoyorquino con su primera novela (*"The Company She Keeps"*), en la que pasaba por su desafiante trituradora femenina los ambientes intelectuales de la Gran Manzana. Tan fustigadora del estalinismo como de la caza de brujas, McCarthy —es pura coincidencia— alcanzó la cumbre de su prestigio en 1968 con otra novela coral, *El grupo*, inspirada en sus vivencias universitarias. Pero ya en 1949, la que fuera esposa del prestigioso crítico Edmund Wilson había ideado en *El oasis* un espacio donde enfrentar diferentes escuelas de rebeldía a través de un grupo de hombres y mujeres de Nueva York que deciden fundar una desastrosa comuna rural. Tan ácida como divertida.

Cuatro mil años de murallas antes de Trump

Todas las ciudades estado griegas estaban rodeadas de murallas. Todas menos una, Esparta. Los lacedemonios consideraban que las fortificaciones defensivas convertían a una polis en un "barrio de mujeres", denominación con la que pretendían llamar cobardes a sus habitantes. Fue esa falta de murallas y esa exaltación del ardor guerrero la que militarizó a toda la población masculina de Esparta y la dejó huérfana de cultivadores de otras habilidades humanas. Esta reflexión es una más del sinfín que se contiene en las páginas de *Muros. La civilización a través de sus fronteras*, del historiador David Frye. A partir de la constatación de que el mundo está viviendo la Segunda Era de las Murallas, Frye vuelve sus ojos 4.000 años atrás para ofrecer al lector una penetrante interpretación del sentido de los muros defensivos a través de los siglos, desde el misterioso "Très Long Mur" de Siria hasta la valla de Trump.